

proverbios, en su mayoría se han conservado textualmente, de modo que remontándose lo más lejos posible en el pasado hacia los orígenes iránicos, estas preciosas e ingenuas expresiones del pensamiento humano, se encuentran casi idénticos. En su misma composición, esas narraciones, reproducidas de boca en boca sin que se ejerza ninguna censura entre la madre y el hijo, conservan el carácter de antigüedad: no se ha hecho transmisión alguna de pensamiento de modo más conservador, a pesar de las innumerables variantes procedentes de la nación, de la civilización ambiente y de la personalidad del narrador. Del mismo modo se han perpetuado los cuentos de hadas casi sin cambio en el mundo cristiano, como si se legaran de madre a hija, sin que en ellos haya penetrado la idea de un Dios personal, siendo fácil reconocer en las relaciones modernas y en las de la Edad Media todo lo que los sacerdotes y los escritores han intercalado, porque el viejo fondo anterior al cristianismo existe en ellas perfectamente distinto, y pueden cumplirse revoluciones de la mayor importancia social sin que se modifique el estado primitivo de la fantasía popular: así es como en las numerosas recopilaciones de cuentos rusos apenas se encuentran huellas de la servidumbre de los mujiks<sup>1</sup>.

El cambio frecuentísimo de residencia de la ciudad escogida como centro de la nación para el ataque o para la defensa— hecho capital que fija la atención del historiador de la Irania,— se explica por la posición geográfica de Persia. Atravesada por los caminos necesarios que debían tomar las poblaciones agrícolas entre el Oriente y el Occidente, la comarca fijaba su atención ora a un lado, ora al otro, según las sensaciones o los peligros, cambiando, por consiguiente, el centro de gravedad del país de siglo en siglo, y frecuentemente de una manera repentina. La sólida y precisa individualidad geográfica del Irán, con su reborde de altas montañas, permite compararla a un luchador a quien combaten alternativamente varios adversarios: según los asaltos que sufre ha de cambiar de postura con frecuencia, hiriendo a derecha e izquierda de punta o de corte. Su esfuerzo se dirigía

<sup>1</sup> Eugène Hins, *La Russie dévoilée au moyen de la Littérature populaire. L'Épopée animale*, ps. 8 y 9.

principalmente del lado del Oeste: en el país de los ríos se habían constituido grandes imperios, y era natural que el centro del poder del Irán cambiase paralelamente sobre el reborde de la meseta.

N.º 69. Pasaje del Zagros.

(Véase pág. 419)



D'après J. de Morgan.

1: 500000

0 10 20 30 Kil.

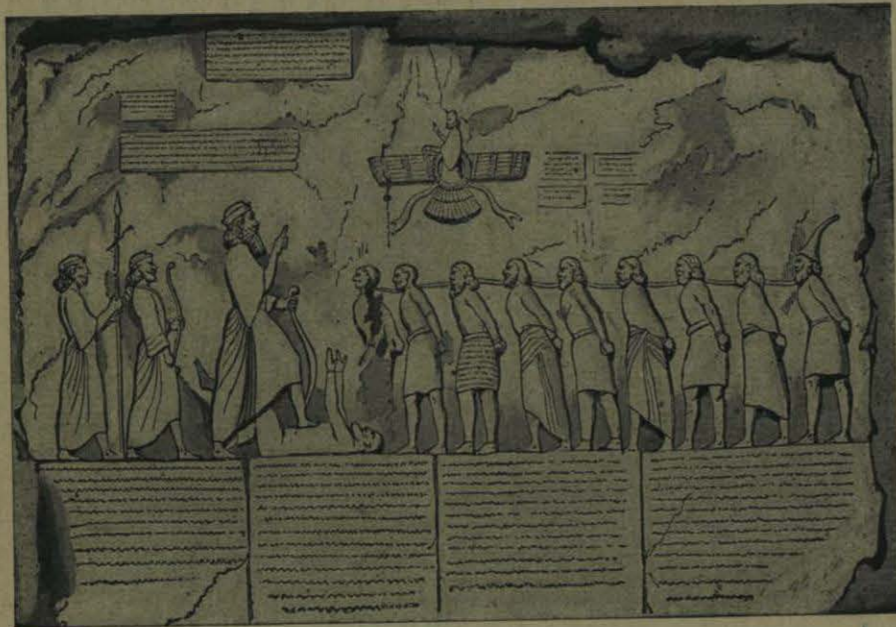
1. Camino hacia la Potamia. 2. Camino hacia Bisutun y Ecbatana.

Las inscripciones de Hurin-Cheikh-Khan se encuentran a una treintena de kilómetros al oeste de Khalman, fuera de los límites del mapa.

Cuando Babilonia o alguna otra ciudad de la baja Mesopotamia era la gran dominadora de las llanuras, concentrábase la fuerza de los habitantes de la meseta en Suza, en Persépolis o en otros lugares de la Persia meridional; cuando Nínive tomó lugar preferente en la región de la Mesopotamia superior, fué Ecbatana

el gran foco de dominación para las poblaciones de la Irania.

Hace veinticinco o veintiséis siglos, cuando la historia de esta parte del Irán comenzó a precisarse, la preponderancia de los Medas existía probablemente desde muchas generaciones, pero no había sido dócilmente aceptada por las otras poblaciones de la meseta, y ese antagonismo debió tener por resultado disminuir la potencia de la confederación iránica bajo la hegemonía de las tribus del Noroeste. La lucha entre Medas y Asirios reempla-



LÁPIDA E INSCRIPCIÓN CUADRILINGÜE DE BISUTÚN

De una fotografía.

zaba, pues, la que, durante miles de años, había existido entre Sucianos y Caldeos; pero la posición de los Iranios del norte, privilegiada por la posesión de la fortaleza natural de la Atropatena, era mucho más fuerte que la de los Elamitas, estando Suza, la capital, expuesta a los ataques en el valle bajo de los montes avanzados.

Muchas veces, durante más de dos siglos, las hordas guerreras de los reyes de Asiria se lanzaron al asalto de los desfiladeros, y con frecuencia lograron operar razzias felices y sumisiones temporales. Uno de los primeros Sars llegó hasta el lago de Urmiah; Salmanasar III penetró en la garganta del Zagros y se acercó

probablemente hasta el sitio en que se elevaba la ciudad naciente de Ecbatana; Sargón, observando un método constante, mudó de posición las poblaciones que sometió, y colonizó con elementos sirios y fenicios algunos valles de la Media; más de una vez fueron presentados caballos de las llanuras niseanas como tributo al vencedor, pero los dominadores ninivitas citan con tanta complacencia el menor éxito obtenido sobre sus vecinos, «los poderosos Medas», que se adivina: la nación no fué subyugada.



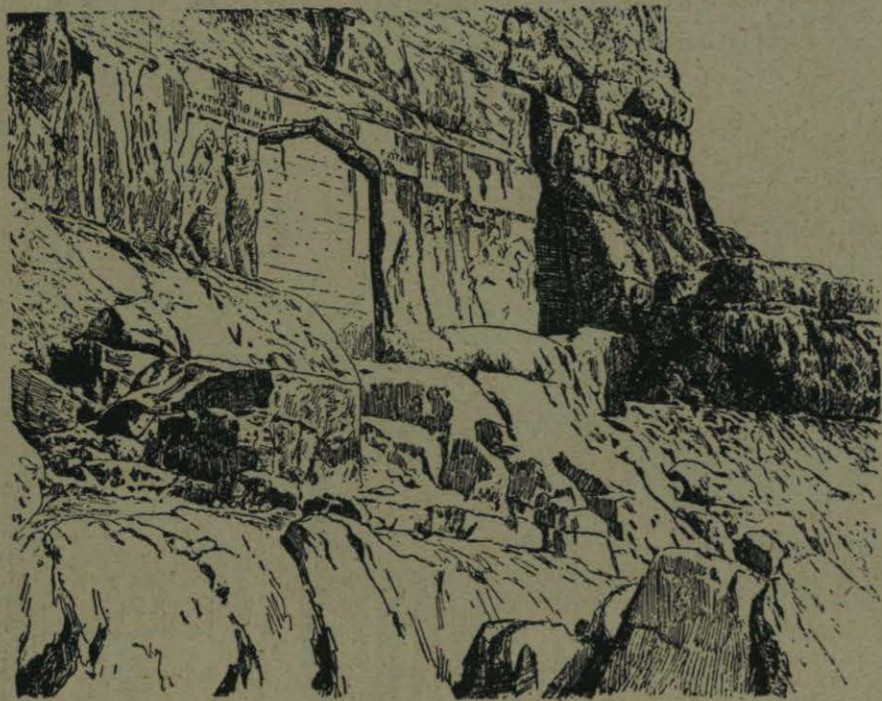
SOLDADOS DE INFANTERÍA MEDAS Y PERSAS

De un bajo-relieve del Museo del Louvre.

En el momento en que la potencia asiria alcanzaba su mayor extensión, una sacudida de los pueblos procedentes del Asia central puso nuevamente todo en tela de juicio. Los Sakes (Scitas) invadieron todo el Asia anterior, desde la Bactriana hasta la proximidad del delta nilótico; en siete u ocho años, hacia el fin del reinado de Assurbanipal, saquearon la Media, Asiria, Armenia, Babilonia,

Palestina y Fenicia, y después desaparecieron sumergidos en el número de las poblaciones vencidas. La ola devastadora no había hecho más que pasar, pero el equilibrio de las naciones se había trastornado.

Los Medas, a quienes la naturaleza montañosa de su comarca había librado de una destrucción completa, fueron los primeros en restablecerse, y, pasado el peligro, no pensaron más que en acabar con los Asirios. El imperio medeo se estableció sobre



INSCRIPCIONES DE LOS PARTOS E INSCRIPCIONES PERSAS  
EN BISUTUN

De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

las ruinas del imperio ninivita, la capital fué arrasada y su nombre no aparece más en la historia.

El imperio de los Medas extendió rápidamente su dominio desde las costas del golfo Pérsico a las del Ponto Euxino, y desde el valle del Helmand al del Halys en Asia Menor, pero fué una potencia relativamente pacífica. Al día siguiente de las hazañas de los Sargón y de los Assurbanipal, admira que se hable de períodos de paz y de tratados de alianza. La Mesopotamia había

ayudado a la Media a derrotar a Nínive: el pacto de amistad, sellado entre Nabupalussur, rey de Babilonia, y Kyaxares, rey de Ecbatana, fué observado por sus sucesores Nabukudurussur (Nabucodonosor) por una parte y Astiages por otra. La Lidia

N.º 70. País de los Persas.



1:10 000 000

0 100 200 300 400 500 Kil.

había resistido a los primeros ataques de los Iranios: sintiéndose de fuerza igual, los combatientes hicieron la paz, que duró tanto como el imperio meda; pero un jefe persa tomó las armas contra su señor; Astiages fué vencido por Kur, personaje más

o menos legendario, y el imperio de los Medas y de los Persas cedió el puesto al de los Persas y de los Medas.

Apenas elevado al trono, Ciro reunió en una sola potencia agresiva todos los elementos étnicos, antes hostiles, que se hallaban en su imperio, y, como tantos otros déspotas antes y después que él, trató de reconciliar los partidos opuestos lanzándoles como devastadores sobre las comarcas extranjeras. De ese modo comenzó, para continuar bajo los Akheménidas, ese largo período de conquistas y de anexiones que subyugó tantas naciones diversas y las reunió en un inmenso rebaño militar.

Bajo tan formidable impulso, casi todo el mundo conocido acabó por entrar en los límites del imperio de los Persas y de los Medas: la Mesopotamia y la Armenia, el Asia Menor, la Siria, el mismo Egipto, la Cirenaica hasta el Jardín de las Hespérides, el país de los Scitas hasta las estepas del Norte y las montañas heladas del Imaus, por último, las regiones nord-occidentales de la India, que Alejandro el Macedónico reivindicó más tarde como sucesor de los Akheménidas: de Este a Oeste, el territorio sometido a los reyes persas se extendió sobre un espacio de cuatro a cinco mil kilómetros en distancia lineal.

En aquella gran época, Persia era lo que el imperio romano fué siete u ochocientos años después: el sueño de la monarquía universal no estuvo jamás tan cerca de su realización. Y no solamente sobresalía Persia por la extensión de sus dominios, sino que también ocupaba el lugar preferente por su gran cultura intelectual, el movimiento filosófico y la tolerancia de las ideas. Pero el peligro era grande para el jefe de semejante imperio: a la muerte de Ciro, el Irán parecía abrazar el mundo entero y el soberano de la comarca estaba colocado tan alto en su omnipotencia, que la «embriaguez del hartó, del muy pesado extraviando su razón» hizo de él, lo que nos describe la historia, un Kaus, un Kambises<sup>1</sup>.

El centro de gravedad del inmenso imperio iba a sufrir nuevo cambio bajo la influencia de los acontecimientos. Primeramente los Persas, antes poco cuidadosos de tener una capital, considerada la organización feudal de sus principados, dieron el pri-

<sup>1</sup> De Gobineau, *Histoire des Perses*, t. I, p. 520.

mer lugar a una ciudad de su territorio cuando llegaron a ser el pueblo dominador, y Persépolis, situada en el centro de la Persia

N.º 71. Bisutun y sus inmediaciones.

(Véase pág. 424)



D'après J. de Morgan.

1: 250000



- |                              |                                     |
|------------------------------|-------------------------------------|
| 1. Inscripciones de Bisutun. | 5. Camino hacia el paso del Zagros. |
| 2. » de Takht-i-Chirin.      | 4. » » Ecbatana.                    |

propiamente dicha, se elevó sobre todas las ciudades por su majestad; sin embargo, las sedes ordinarias del imperio fueron Ecbatana como residencia de estío y, como residencia de invierno,

una nueva Suza reconstruída sobre las ruinas de la antigua. Estas dos ciudades poseían la ventaja de hallarse no lejos de los puntos de ataque del mundo occidental que los Iranios tenían que combatir. De esos lugares de avanzada, los reyes de los reyes, prontos a dirigir sus armas sobre uno u otro de los puntos amenazados, vigilaban los pueblos de la Mesopotamia y los ribereños del Mediterráneo desde Egipto al Ponto Euxino. A título de advertencia a las naciones de Occidente, Darío, hijo de Hystaspes, hizo grabar entre Ecbatana y el paso del Zagros, sobre la pared de una roca calcárea compacta, las magníficas inscripciones trilingües—persa, anzanita y asiria,—de Behistum, Bisutun o Bagistana, «la mansión de los dioses». «Yo, Darío, el Gran Rey, el Rey de los Reyes, el Rey de Persia, el Rey de las Provincias, el hijo de Hystaspes, el nieto de Arsames, el Akheménida...», así comienza la orgullosa relación.

En la época en que Darío celebraba así su propia gloria en esos términos enfáticos, que frecuentemente son la prueba cierta de la decadencia moral y bien pronto de la decadencia material de las naciones, casi todos los países civilizados del Asia occidental se encontraban yuxtapuestos en la unidad de su vasto imperio.

La conquista realizada por los Medas y los Persas no era tan opresiva en su esencia como lo son en el día las anexiones «patrióticas» que imponen a los vencidos un cambio de idioma y de cultura; cada pueblo conservaba sus leyes, sus costumbres, hasta su administración indígena bajo el dominio del gran rey: los súbditos sólo quedaban sujetos a los impuestos y al servicio militar. El señor, dominando una multitud de naciones, pequeñas y grandes, se complacía en esa diversidad de razas y de lenguas en la multitud de los dominios, y no tenía idea alguna de la constitución posible de un estado político en que todos los miembros formasen un solo organismo nacional y no tuvieran más que una sola manera de pensar; le bastaba con ser el dominador incontestable, con imponer su voluntad absoluta a todo un mundo de sátrapas dóciles y de hacerla ejecutar por millones de soldados adiestrados a latigazos. Respecto de los príncipes feudales de Persia, el «rey de los reyes» era poco más que el «primero entre sus pares», mas para los vencidos del extranjero era un

dueño absoluto. Evidentemente, el efecto de esta doble forma de mando había de desarrollarse en provecho del poder autocrático; sin embargo, los historiadores griegos, sin tratar de comprender la mentalidad de los reyes persas, se ven obligados a hacer constar que, a diferencia de los asirios, los persas trataban bien a los enemigos vencidos y ni aun se creían con derecho de maltratar a los esclavos<sup>1</sup>. Ciro y luego Darío se abstuvieron de exterminar las naciones conquistadas; conservaban, de los antiguos Persas, el respeto a la vida humana.

Entre los pueblos que el «Gran Rey» cita como dominados y pagándole tributo, se comete la imprudencia de nombrar Esparta y la Jonia, es decir, Atenas: se olvida de Maratón. Entonces, como en nuestros días, la historia referida patrióticamente finge ignorar las derrotas y las reemplaza en los documentos oficiales por victorias dudosas. Además, el soberano, rodeado de cortesanos, podía imaginar muy bien que unas batallas libradas a un extremo tan



BAJO-RELIEVE DEL PALACIO DE DARÍO  
De una fotografía.

<sup>1</sup> De Gobineau, *Histoire des Perses*, t. I, p. 403.

lejano de su poderoso imperio habían terminado como convenía a su gloria, y no dudaba del sentido profundo que la posteridad habría de dar a sus conflictos con el pequeño pueblo griego. Ha de reconocerse también, aunque las victorias de Milciades y de Temístocles nos llenan de orgullo y simbolizan a nuestros ojos el trabajo del pensamiento libre y de la iniciativa personal, que la victoria, por el mismo brazo de Alejandro, correspondió a los Persas.

Pero mucho antes de las batallas decisivas que fijaron la situación entre los Helenos y los Iranios, incesantes contactos y relaciones comerciales muy activas habían puesto en comunicación las dos civilizaciones. Esta evolución se realizó desde luego por intermedio de los pueblos del Asia Menor, unos emparentados con los Griegos, otros más o menos helenizados; después por aventureros del Atica y de las islas del Peloponeso, antepasados de los buscadores de fortuna que emigran hoy en tan gran número, que iban a su vez a enseñar sus artes y oficios.

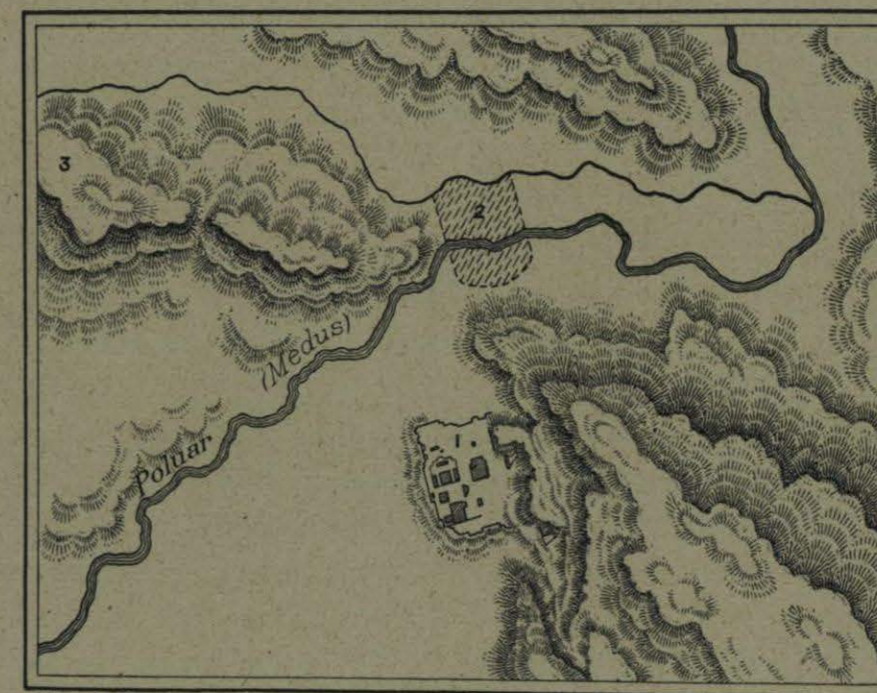
Una prueba incontestable de la influencia griega se ve en las ruinas de Persépolis, que llevan el nombre colectivo de «trono de Djemchid», personaje legendario asimilado por los Persas a Darío, hijo de Hystaspes. Es evidente que esas prodigiosas construcciones, erigidas en la época en que los Akheménidas vencedores lanzaban sus victoriosos ejércitos sobre todas las comarcas adyacentes, son en gran parte obras de imitación. Los soberanos de Persia, asombrados por las gigantescas construcciones que habían sitiado y conquistado en sus viajes, quisieron erigir en su país palacios tan bellos como los del extranjero, y seguramente llevaron consigo hábiles artesanos de Egipto, de Fenicia, del Asia anterior, de la Europa helénica; en prueba de ello, se ven letras griegas sobre las piedras numeradas, y Plinio habla de un tal Telephanio, de Fócea, como de un gran artista que vivió en la corte de Darío.

Los historiadores especialistas<sup>1</sup> han emprendido la tarea de determinar la parte de los diversos elementos que se unieron en la grandiosa arquitectura de Persépolis, y, gracias a ellos,

<sup>1</sup> Coste y Flandin, Perrot y Chipiez, Dieulafoy.

se ha acabado por reconocer que los constructores persas no fueron únicamente imitadores, sino que dieron a sus obras un carácter particular correspondiente a su genio propio, a los materiales que empleaban y a las condiciones especiales en que se realizaba su trabajo. Lo que es bien suyo son las soberbias terrazas y las maravillosas escaleras que permitían a las procesiones solemnes, peatones, jinetes y carros desarrollarse con am-

N.º 72. Persépolis.



D'après Spruner Menke.

1: 25 000

0 200 400 600 800 1000 Metros.

1. Trono de Djemchid.
2. Ciudad baja de Istaker.
3. Colinas de Istaker.

plitud extraordinaria; lo son también las columnas diez o doce veces más altas que anchas, con sus pesados capiteles compuestos de parejas de animales postrados, toros, cabras o unicornios. La luz del sol, cortada por sombras negras, penetraba por el ancho orificio del techo entre las vigas de cedro, iluminando el trono de oro y de marfil, los pavimentos de baldosas esmaltadas y las cortinas de púrpura guarnecidas con franjas de oro. El conjunto ofrecía seguramente un carácter especial que no se en-

cuentra fuera de la meseta de Irán y apenas presenta un vago parentesco con el estilo de las construcciones helénicas: el principal contraste proviene de que la arquitectura griega nació en todas partes del suelo por la iniciativa local, mientras que sobre las altas tierras de Irania se desarrolló principalmente para satisfacer a la majestad real y no se continuó en obras vivas en el arte nacional de Persia.

Los arquitectos iránicos imitaron también a los asirios y caldeos, pero con gran independencia de concepción y verdadera originalidad. Júzguese por sus toros alados colocados a la puerta de los edificios: son mayores, esculpido con más elegancia y están mejor acabados que los toros de los palacios asirios; además, los artistas persas no han recurrido al extraño artificio de sus predecesores ninivitas, quienes obedeciendo a un sentimiento grosero de la perspectiva, daban cinco patas a sus monstruosos animales.

Las tumbas reales son, de todos los monumentos de la arquitectura persa, los más originales y en los que menos se nota la influencia de los modelos extranjeros. Es probable que en sus obras, se respetara parcialmente el estilo de los antiguos trogloditas iránicos: las habitaciones subterráneas de los muertos debían parecerse a las de los vivos. El plan general de esos hipogeos es siempre el mismo: sobre la abertura que da acceso a la sala funeraria se desarrolla una procesión de estatuas llevando el pavés sobre el cual el rey difunto adora el fuego sagrado flameando sobre un altar. La figura más alta, que se cierne en la parte superior del cuadro de roca labrada, es el *feruer* alado, simbolizando quizá el mejor «yo» del suplicante, que ya sube al cielo, llevando a Ormuzd los actos o al menos las buenas intenciones del que vivió.

A la influencia del helenismo sobre los Iranios correspondía la de la monarquía de los Akheménidas sobre las pequeñas repúblicas de Grecia. Las relaciones de los mercaderes, las descripciones referidas por artistas y artesanos, la magnificencia de los embajadores y de su séquito causaban impresión grandísima sobre la viva imaginación de los Helenos, y los partidos en lucha en cada una de las pequeñas comunidades, por la fuerza de las

cosas, habían de tener la vista fija en el coloso que proyectaba su sombra hacia el Occidente. Unos ciudadanos libres, recordaban con orgullo que todo el poder de Darío y de Xerxes había venido a romperse contra sus lanzas, y se sentían llenos de desprecio por el mundo pululante de los «Bárbaros», los esclavos del «Gran Rey»; los otros, aspirando a la dominación de su misma patria, hallaban que el poder incontestable de un amo cuya palabra era obedecida desde las regiones tórridas del desierto a las estepas glaciales del Norte, presentaba un espectáculo de admirable grandeza, y soñaban un orden de cosas en que Grecia tendría también amos que pronunciaran juicios recibidos por todos con reverencia y docilidad. El monarca disponía además de la fuerza vergonzosa que da la corrupción: dinero, telas preciosas, la carga de un barco bien vendida tenían frecuentemente el poder de cambiar convicciones que parecían inquebrantables. ¿No se vió a Temístocles, el vencedor de Salamina, convertirse en Sátrapa de Persia y gobernador de ciudades griegas por la raza, la lengua y las costumbres en nombre del «Rey de los Reyes»?

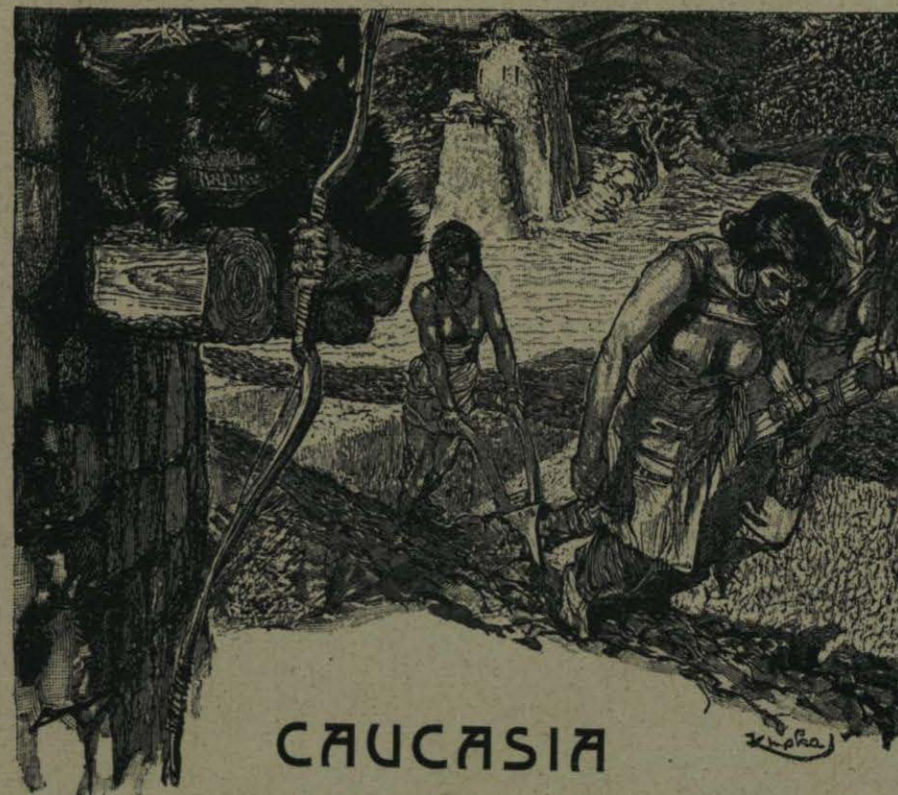
Uno de los personajes de la familia de los Akheménidas, Ciro el joven, que trató en vano de arrancar el imperio a su hermano Artaxerxes Mnemon, aparece en la historia como una especie de semi-griego, con la exterioridad de la cultura helénica y muy hábil para seducir los escritores y artistas que venían a su corte; así, en circunstancias análogas, durante ese gran siglo XVIII en que se prepararon luchas gigantescas de naciones y de ideas, se vió a los literatos y a los sabios acudir desde Occidente hacia Federico de Prusia y Catalina de Rusia para tratar con ellos del ideal y proponerles planes de reforma con la cándida esperanza de que esos potentados aceptarían sus proyectos para la mejora del género humano. «¡Del Norte nos viene hoy la luz!» se decía en aquella época, dirigiéndose a los déspotas amables, cuya única civilización consistía en saber hablar bien el francés. De ese modo, el elocuente Jenofonte, con el cerebro todavía repleto de las enseñanzas de Sócrates, busca modelos entre los Persas, y el hombre por excelencia es para él el gran Ciro, «tan hábil para gobernar los hombres con el empleo de la astucia»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Cyropédie*, lib. I, cap. I.

Así se preparaba la unión: los Persas se hacían Griegos y éstos se volvían Persas. Cuando Alejandro, vengador de las guerras médicas, fué llevado al corazón de Asia, con el reflujó de los Griegos y de los Macedonios, no se anunció en manera alguna como civilizador helénico deseoso de educar los bárbaros: no trató sino de hacerse Persa él mismo y de sustituir a Darío como «rey de Asia», de tomar por límites exactos de su imperio los mismos que habían tenido los dominios del soberano con cuya hija se casó. De sus capitales, una, Suza, era especialmente persa, mientras la otra, Babilonia, tenía la ventaja de mandar naturalmente al mundo oriental, como centro de las grandes vías de comunicación de toda el Asia anterior. Y como cosa curiosa, la memoria de Alejandro «el de los dos cuernos» es mucho más popular entre los pueblos del Asia que en el mundo griego: se le tomó realmente por lo que deseaba ser, por un conquistador asiático. Sin embargo, su advenimiento indica bien un punto de división entre dos eras: desde aquel momento el país de los Helenos y la Irania pertenecían a un mismo mundo ecuménico; esas comarcas, que constituían antes dominios enteramente distintos, se hacían solidarias en sus movimientos; la humanidad consciente se había doblado.



LA LEYENDA  
DEL MANDIL



## CAUCASIA

*Las leyendas viajan con los pueblos,  
de montaña en montaña.*

### CAPÍTULO II

CÁUCASO: RELIEVE, VERTIENTES, PASOS.—DAGHESTAN Y MINGRELIA.—POBLACIONES.—ANTI-CÁUCASO: RELIEVE Y CAMINOS.—ARMENIOS Y KURDOS.—HISTORIA.

EL Cáucaso pertenece al mundo antiguo, más por su misterio que por su historia. Era tan poco conocido, que ordinariamente se le denominaba el «Monte» por excelencia, tomándole indiferentemente por un extenso conjunto de montañas, por un pico solitario o por un macizo aislado, comparable al monte Argeo o al monte Ararat. Por contraste, algunos se imaginaban que la región montuosa del Cáucaso se extendía hasta los límites del mundo, hasta los espacios helados donde reina la noche eterna. Sin embargo, numerosos mitos referidos de diversos modos por los pueblos, desde la meseta de Irán hasta las riberas mediterráneas, señalan esos montes como una región donde tenían su origen pueblos poderosos y en la cual se habían realizado acontecimientos de la mayor importancia